

MARISTELLA SVAMPA

POLICRISIS

Cómo enfrentar el vaciamiento de las izquierdas
y la expansión de las derechas autoritarias



siglo veintiuno
editores



MARISTELLA SVAMPA

Es licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba y doctora en Sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) de París. Es investigadora superior del Conicet, con sede en el CeDInCI. Ha recibido numerosos reconocimientos, entre ellos la beca Guggenheim, el Konex de Platino en Sociología, el Premio Nacional de Ensayo Sociológico por su libro *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo*, la cátedra Simón Bolívar de la Universidad de Cambridge y el Premio Forster de la Fundación Humboldt. Es impulsora del Pacto Ecosocial del Sur (colectivo latinoamericano) y del Equipo Transiciones (Argentina). Sus últimos libros son *Chacra 51. Regreso a la Patagonia en los tiempos del fracking*, *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina* y, junto con Enrique Viale, *El colapso ecológico ya llegó*, publicado por Siglo XXI Editores. <www.maristellasvampa.net>.

MARISTELLA SVAMPA POLICRISIS

Cómo enfrentar el vaciamiento de las izquierdas
y la expansión de las derechas autoritarias



siglo veintiuno
editores

argentina

siglo xxi editores

www.sigloxxieditores.com.ar

guatemala 4824, c1425bup, buenos aires

méxico

siglo xxi editores

www.sigloxxieditores.com.mx

cerro del agua 248, coyocacán, 04310, ciudad de méxico

españa

siglo xxi editores

www.sigloxxieditores.com

travesía belver, 2, 28039, madrid

Svampa, Maristella

Policrisis / Maristella Svampa.- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Siglo XXI Editores Argentina, 2025.

256 p. ; 21 x 14 cm. - (Singular)

ISBN 978-987-801-482-1

1. Movimiento Político. 2. Izquierda Política. 3. Derecha Política. I. Título.
CDD 324

© 2025, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

Diseño de cubierta: Emmanuel Prado / manuprado.com

ISBN 978-987-801-482-1

Impreso en Latíngráfrica // Rocamora 4161, Buenos Aires
en el mes de agosto de 2025

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina // Made in Argentina

Índice

Introducción	11
1. Perspectivas y alcances del colapso	29
La era del colapso ya llegó	29
Complejidad y miradas históricas del colapso	32
La era del colapso climático localizado	38
El colapso a gran escala en Río Grande del Sur	42
Colapso energético y apagones	47
2. La clave geopolítica. Las patas cortas de la descarbonización	53
Matriz energética y metabolismo social	55
Pactos Verdes, guerras y esquizofrenia pospandémica	60
Nueva diplomacia de los metales y consenso de la descarbonización	66
¿Y por China cómo andamos?	74
La otra pata de la descarbonización	78
3. Entre el colapso del progresismo y los límites del neodesarrollismo	87
Las promesas de los progresismos	88
De la polarización a los puntos ciegos	94
Neodesarrollismo y consenso extractivo exportador	100
Mandato exportador e ilusión neodesarrollista	107
La discusión que no fue	113

4. La expansión de las derechas radicales autoritarias	119
Las derechas radicales autoritarias	120
Estrategias de acumulación política y polarización asimétrica	127
Los dos momentos del negacionismo climático y el tiempo de las políticas antiambientales	132
Entre el discurso dilatorio y el ecofascismo	140
5. El experimento Milei	147
Lo común y lo específico de un experimento radical	148
Cambio de régimen	154
Neoliberalismo "desde abajo"	158
Batalla cultural y polarización asimétrica	163
Negacionismo climático, RIGI y expansión del extractivismo	169
6. Narrativas relacionales y prácticas alternativas para un mundo en crisis	179
Narrativas, giro ontológico y régimen de afectividad	181
Protagonismo femenino y éticas del cuidado	185
Nuevos oficios para la supervivencia	193
La alternativa comunitaria para la transición energética	197
Conclusión. Reflexiones finales sobre la policrisis	211
Agradecimientos	235
Bibliografía	237

Introducción

Vivimos en tiempos oscuros, donde las peores personas han perdido el miedo y las mejores han perdido la esperanza.

Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 1974

La esperanza es una disciplina. Un elemento esencial de nuestras luchas debe consistir en fraguar la esperanza.

Angela Davis, 2024

1

Se me hace difícil olvidar un encuentro fortuito que viví en abril de 2023 estando en Nueva York; un día lluvioso en el que tenía un compromiso en la sede del consulado argentino. Nunca había estado allí, y para peor llegaba tarde. Apenas traspuse el umbral, subí rápido las escaleras, cuando de pronto me choqué con alguien; un hombre de aspecto poco llamativo, que iba bajando solo, de modo cansino, y cuya figura no reconocí de inmediato. Segundos después me percaté de que la persona con quien me había topado era Alberto Fernández, entonces presidente de la Argentina. En algún lugar había leído que estaba en Nueva York desde hacía un par de días. Luego me enteraría de que, poco antes de mi ingreso intempestivo, el presidente Fernández había tenido una reunión, organizada

a último momento, con investigadores y universitarios conacionales residentes en esa ciudad. Sin embargo, lo que más llamó mi atención no fue que estuviera en Nueva York, casi sin agenda pública, sino también que bajara esas largas escaleras completamente solo. Días después me crucé con alguien que dijo ser el único periodista argentino acreditado, y me contó que los principales medios nacionales con corresponsales en Washington habían decidido restar importancia a la presencia de Fernández y no habían enviado a nadie a cubrir la gira. No por casualidad había percibido en ese lento descenso por las escaleras algo de triste, solitario y final, un tufillo de fin de ciclo. Alguien me contó también que unos veinte años atrás, ese mismo lugar había sido el punto de encuentro entre una multitud entusiasta y el entonces presidente Néstor Kirchner, en el marco de un consulado totalmente desbordado.

En términos latinoamericanos, el punto de inflexión político fue enero de 2019, cuando Jair Bolsonaro asumió la presidencia de Brasil, el país más grande de América Latina. Hasta entonces se consideraba que la región, pese a las crecientes deficiencias de los progresismos, a sus liderazgos verticalistas, a las dinámicas políticas y económicas regresivas que ya se advertían, todavía estaba lejos de los procesos de radicalización que atravesaban Europa y los Estados Unidos, con sus consecuencias en términos de políticas antiderechos, de xenofobia, de negacionismos climáticos y “antiglobalismo”. Sin embargo, el arribo de Bolsonaro al Planalto no ocurrió de un día para el otro, sino luego de un período convulso que desembocó primero en la destitución parlamentaria de Dilma Rousseff, durante su segundo mandato (2011-2016), y poco después en el encarcelamiento de Luiz Inácio Lula Da Silva (2018). Luego de esta debacle que socavó el sistema político brasileño, el final del ciclo progresista, tal como lo habíamos conocido, era un hecho. El fracaso del referéndum reeleccionista de Evo Morales en febrero de 2016, poco antes la

victoria de Mauricio Macri en la Argentina a fines de 2015 y la derrota electoral del chavismo en las legislativas venezolanas, que reforzaría la deriva del gobierno, suman otros elementos en el plano regional.

Desde Brasil, con la asunción de Bolsonaro, nos llegaban señales desesperadas de amigos y colegas que denunciaban y se defendían como podían de las políticas autoritarias del gobierno, advirtiéndonos también acerca de los cambios que se estaban produciendo en la sociedad. Pero en la Argentina de 2020-2021, el riesgo de un crecimiento acelerado de las derechas parecía haber quedado atrás, dado que esta perdió las elecciones generales y quedó una vez más relegada a la oposición. O quizá, en realidad, muchos buscamos creer eso y empezamos a desoír las alarmas, pese a que en 2019 habíamos sentido la necesidad de mirarnos por primera vez en el espejo de lo que sucedía en Brasil para indagar durante un breve instante en nuestra propia perplejidad. Las alarmas no volvieron a activarse ni siquiera cuando un grupito de marginales radicalizados atentó contra la vida de Cristina Fernández de Kirchner, el 1º de septiembre de 2022, y milagrosamente falló en el intento.

Por supuesto, no todos desoyeron las alarmas. Varios textos pioneros así lo atestiguan, entre ellos el del argentino Pablo Stefanoni, quien analizó el fenómeno de las nuevas derechas radicales sin “lagañas tradicionales”, como diría Milcíades Peña. En *¿La rebeldía se volvió de derecha?*, Stefanoni cierra la introducción con el sugerente subtítulo “Sin garantías”. Allí afirma: “Tengamos o no en la Argentina una fuerza política de extrema derecha, no estamos ajenos a muchos de los climas de época retratados en las siguientes páginas, básicamente porque nadie lo está” (2021: 27).

Ciertamente, ni la historia reciente ni el “Nunca Más” –expresión que condensa la revaloración del sistema democrático y el rechazo a la violencia estatal en los primeros años ochenta– nos sirvieron de garantía. Como argentinos, pensamos, probablemente

desde una posición de superioridad moral, que los consensos logrados a lo largo de cuarenta años eran más generalizados, que las narrativas de derechos tenían raíces más tentaculares o configuraciones menos conflictivas.

Lo cierto es que ya en ese entonces comenzaban a verse los primeros gérmenes de una derecha radical movilizada en la calle, que apuntaba contra el movimiento social más potente surgido en los últimos treinta años: la marea verde feminista, que en aquel momento luchaba por obtener la legalización del aborto. En ese contexto de emergencia de nuevas derechas, lo que veíamos en la Argentina podía pensarse como el síntoma de algo más profundo, ya presente en Brasil, en sintonía con lo que ocurría a escala global, con la (primera) victoria electoral de Donald Trump en 2016 como una de las expresiones más significativas de los nuevos tiempos.

Frente a este escenario, en 2020 escribí un artículo extenso sobre las derechas radicales autoritarias buscando comprender el fenómeno en clave latinoamericana. Entendía que lo novedoso en América Latina no era tanto la disputa progresismo-antiprogresismo —que venía de lejos—, sino la fragilidad del contexto político emergente ante la crisis económica y el deslizamiento hacia un cambio de época. Las placas tectónicas se movían rápidamente, pero no sabíamos en qué dirección. Todo parecía indicar un *backlash*, una reacción creciente en contra de la narrativa de derechos disparada por la marea feminista, un retorno de lo reprimido que engarzaba tanto con las nuevas derechas tradicionalistas como con los fundamentalismos religiosos.

El mismo año en el que Bolsonaro asumía en Brasil, un progresismo ya deshilachado obtenía su corta y previsible revancha en la Argentina luego del desastroso gobierno de la derecha neoliberal (2015-2019) comandada por Mauricio Macri, quien nos dejó como legado un importante aumento de la pobreza y la inflación, sumado a una alarmante deuda externa contraída

con el FMI. Sin sorpresa alguna, las elecciones presidenciales de fines de 2019 le dieron el triunfo a Alberto Fernández, en el marco de una coalición de centroizquierda que se autoproclamaba “peronista-progresista”, un frente liderado de modo verticalista por Cristina Fernández de Kirchner. El caso es que la victoria del progresismo, con un candidato de centro, más conocido por su capacidad de negociación que por su audacia política, parecía dejar atrás el fantasma del avance de las derechas. Al fin de cuentas, aunque el frente progresista estuviera debilitado, su retorno era la confirmación de ciertos consensos sociales que ni siquiera la derecha neoliberal se había atrevido a cuestionar en los cuatro años anteriores. Casi por inercia creímos que nos deslizábamos hacia el retorno de lo mismo, una vez más llegaría la hora de la derecha neoliberal, seguramente recargada, a la que habría que combatir y poner límites, como ya lo habíamos hecho entre 2015 y 2019. Al mismo tiempo, no éramos pocos los que sosteníamos también que el problema mayor no era solamente la derecha, sino el hecho de que, ya en 2019, los progresismos estaban vaciados y sin proyecto alternativo de futuro.

A fines de 2019 llegó la pandemia de covid-19 e ingresamos a tiempos extraordinarios. Encerrados en nuestras casas y enfrentados a un escenario de colapso sanitario y económico, los nuevos debates se abrieron a una reflexión de más largo plazo sobre el incremento de las desigualdades, el rol del Estado y la necesidad de plantear horizontes de transición ecosocial justa. Con Enrique Viale, colega y compañero de tantas batallas, lanzamos la propuesta de un pacto ecosocial y económico, primero en la Argentina, luego con otros referentes y activistas de la región –el Pacto Ecosocial e Intercultural del Sur– a escala latinoamericana.¹ Desde nuestra perspectiva, ante la coyuntura

1 Ver <pactoeconosocialdelsur.com>.

extraordinaria, resultaba urgente aprovechar las ventanas de oportunidad y activar procesos colectivos de liberación cognitiva para exigir transformaciones estructurales en pos de la justicia social y ambiental. Eso no implicaba desestimar las poderosas fuerzas políticas y económicas que impulsaban hacia la defensa del orden conocido y pujaban por un “retorno a la normalidad”, pero era claro que si la pospandemia retomaba esa dirección, todo ello supondría un reforzamiento del capitalismo del caos, más destrucción de la naturaleza, más colapso climático; en definitiva, menos democracia y más desigualdad.

Mientras tanto, el gobierno de Alberto Fernández apenas podía calificarse de progresismo débil. A menos de un año de su asunción, había pocas expectativas políticas y económicas, mucho menos frente a la socavada autoridad presidencial. En agosto de 2021, todavía en confinamiento, estalló el escándalo que más nos enfureció como sociedad, cuando se dieron a conocer las fotos de la fiesta privada del entonces presidente y su pareja, a lo que siguió poco después la noticia del “vacunatorio vip”, que, saltando los protocolos estrictos de la campaña, había favorecido a allegados al gobierno. En medio de todo, había movilizaciones contra la llamada “cuarentena eterna” que mezclaban personajes variopintos de la oposición, con una derecha bizarra y en ese entonces marginal, y militantes antivacunas. Nada que no sucediera en otros países del mundo...

En la pospandemia, ya sumido el país en una gran crisis económica, la figura de Alberto Fernández era apenas la sombra de una sombra, un holograma anodino que fue sustituido de hecho a fines de 2022 por el omnipresente y escurridizo ministro de Economía y luego candidato presidencial por el oficialismo, Sergio Massa, un político de mil caras, experto en manejo del Estado y en alianzas *non sanctas*. En 2023 ya estábamos inmersos en una crisis múltiple y todos los índices empeoraban, pero aun así no se habían encendido todas las alarmas.

2

Como toda crisis extraordinaria, la que produjo el covid-19 dio lugar a reclamos ambivalentes y contradictorios entre sí. La desnaturalización de aquello que teníamos normalizado suscitó demandas de solidaridad y cambio; pero, por otro lado, también conllevó demandas de orden y retorno al *statu quo*, a la llamada “normalidad”.

Por un lado, la desnaturalización de la crisis abrió una ventana de oportunidad, que se expresó en múltiples propuestas de transformaciones estructurales, que apuntaban a la reducción de las desigualdades y a un horizonte de transición ecosocial. Así, tras varias décadas de neoliberalismo, la pandemia puso al desnudo el incremento de las desigualdades sociales, económicas, étnicas y regionales, y los altos niveles de concentración de la riqueza, que se profundizaron luego de la crisis financiera de 2008. Asimismo, la crisis sanitaria y económica evidenció el retroceso de los servicios básicos de salud y educación (la brecha digital), el cada vez más difícil acceso a la vivienda y la degradación del hábitat. Por otro lado, la pandemia visibilizó el vínculo estrecho entre crisis socioecológica, modelos de maldesarrollo y salud humana. Detrás del covid-19 y el proceso de zoonosis, está la deforestación, esto es, la destrucción de ecosistemas que expulsan a animales silvestres de sus entornos naturales y de este modo liberan virus zoonóticos —algunos aislados durante milenios—, poniéndolos en contacto con otros animales y humanos que habitan entornos más urbanos, lo cual favorece el salto interespecie. En esta línea, la pandemia mostró hasta qué punto hablar de Antropoceno o Capitaloceno no es solo una cuestión de cambio climático, sino también de globalización y modelos de maldesarrollo. Resaltan así otros aspectos de la emergencia climática, no vinculados exclusivamente al incremento en el uso de combustibles fósiles, sino también a los cambios en el uso

de la tierra, la deforestación y la expansión de la ganadería intensiva, tres fuentes potenciales de pandemias.

En esa línea, la crisis extraordinaria desencadenó un proceso de liberación cognitiva. Se actualizaron propuestas de transición ecosocial elaboradas en años precedentes y aquello que parecía reservado a unos pocos especialistas y activistas radicales ingresó en la agenda pública internacional. Científicos e intelectuales de todo el mundo promovieron manifiestos y propuestas que incluían desde una agenda verde, un ingreso universal ciudadano y reformas tributarias para reducir la desigualdad, hasta la condonación de la deuda de los países del Sur. Circularon propuestas muy diferentes de transición globales, regionales y nacionales, desde el Norte al Sur Global, como el Green New Deal, el Pacto Verde Europeo, programas de decrecimiento, entre otros. De hecho, durante 2020, no pocos celebraron que la paralización de diferentes actividades económicas a nivel global se hubiera traducido en una reducción del 7% de la emisión de gases de efecto invernadero. Y vimos postales difíciles de olvidar, como la de aquellos animales que salieron de su hábitat y se atrevieron a recorrer ciudades en apariencia vacías. Sin embargo, el fenómeno fue pasajero; un efecto colateral de corto alcance.

Por otro lado, la demanda de normalidad y de retorno al *statu quo* anterior también dejaba traslucir el peligro de una clausura cognitiva, encarnada en el regreso de políticas neoliberales, el repliegue individualista y el afianzamiento de las desigualdades. Como recordaba la periodista canadiense Naomi Klein, la crisis podía ser una “nueva” oportunidad para repetir la fórmula del capitalismo del desastre o la “doctrina del shock”, esto es:

La estrategia política de utilizar las crisis a gran escala para impulsar políticas que sistemáticamente profundizan la desigualdad, enriquecen a las élites y debilitan a todos los

demás. En momentos de crisis, la gente tiende a centrarse en las emergencias diarias de sobrevivir a esa crisis, sea cual sea, y tiende a confiar demasiado en los que están en el poder (cit. en *Democracy Now*, 2019).

Lejos de las buenas intenciones, la crisis desatada por la pandemia no solo no conllevó una mayor igualdad, sino que, por el contrario, exacerbó la desigualdad en todos los niveles. El virus mostró hasta qué punto este es un “mundo de dueños”, pues como sostiene la antropóloga Rita Segato, la palabra “desigualdad” no alcanza para graficar tamaña obscenidad. “Este es un mundo marcado por la dueñidad o el señorío” (cit. en UIMP, 2019). A nivel latinoamericano, según un informe de Development Finance International (DFI) y Oxfam de 2020, las élites económicas y los superricos ampliaron su patrimonio en 48 200 millones de dólares, un 17% más que antes del covid-19, mientras que la recesión económica provocó que al menos 52 millones de personas cayeran en la pobreza y más de 40 millones perdieran sus empleos, impulsando un retroceso de quince años para la región (DFI y Oxfam, 2020). Asimismo, el freno de emergencia que se activó fue relativo. Por ejemplo, el extractivismo no se detuvo; todo lo contrario. Numerosas actividades extractivas fueron declaradas esenciales (como la minería) y avanzaron con el desmonte y la deforestación, y con ello también los megaincendios. En Brasil, el lobby del fuego, bajo el gobierno ultraderechista de Bolsonaro, desató su furia como nunca antes. En 2020, se quemaron 4,5 millones de hectáreas y murieron 17 millones de animales en Pantanal, el humedal continental más grande del planeta, que abarca buena parte de los estados de Mato Grosso y Mato Grosso do Sul. Durante la pandemia, continuaron los asesinatos perpetrados contra activistas ambientales, reafirmando que América Latina –en particular, países como Colombia, Brasil

y México— sigue siendo la zona más peligrosa del mundo para los defensores del ambiente.

Vale recordar que no hubo respuestas globales ante la emergencia de la pandemia, sino una mayor fragmentación y una escasa cooperación a nivel internacional, algo que afectó incluso a la Unión Europea y acentuó —al decir de muchos— la pérdida de confianza en la integración. Hacia adentro, casi todos los países sufrieron procesos de militarización, que repercutieron muy especialmente sobre las poblaciones más vulnerables, en particular en América Latina (donde los controles no son tanto de orden digital como físico-territorial). Este proceso se agravó en algunos países superpoblados (como la India) e incluso en los Estados Unidos, donde se expresó, puertas adentro, en el racismo, que cobró centralidad como estructura de dominación de largo alcance.

En ese contexto de desglobalización parcial, se habló mucho del regreso de un Estado interventor y se subrayaron tempranamente sus ambivalencias (el Estado de excepción que coexiste con el Estado social). Ciertamente, la pandemia habilitó la intervención estatal, promovida incluso por sectores liberales y conservadores, pero este proceso estuvo asociado al repliegue en las agendas nacionales, en el que cada país hizo su juego, mostrando no solo los límites en la capacidad de los Estados (no es lo mismo vivir en Europa que en América Latina), sino la variabilidad de las estrategias sanitarias y políticas disponibles según se tratara de gobiernos progresistas, conservadores o ultraderechas negacionistas. Asimismo, el repliegue ilustró una conjunción paradójica, capaz de combinar el decisionismo hipertecnologizado (la concentración de las decisiones en el poder ejecutivo y la ampliación del control sobre los ciudadanos de la mano de tecnologías digitales) con un fuerte proceso de fragmentación local (cierre de ciudades, provincias y Estados, siguiendo el modelo de las aldeas medievales europeas afectadas por la peste).

La pandemia acentuó la competencia nacionalista en el marco del desorden global. Un reflejo fue la carrera por lograr una vacuna eficaz, pero también la gestión salvaje por agenciarse esas mismas vacunas, cuando las potencias del Norte buscaron asegurarse el aprovisionamiento comprándolas por adelantado. Uno de los ejemplos más escandalosos fue el de Canadá, donde el entonces primer ministro progresista Justin Trudeau firmó contratos con siete farmacéuticas para obtener 414 millones de dosis –5 veces más de las que necesitaba su país–, mientras que en diferentes países del Sur (sobre todo en América Latina, cuyas tasas de mortalidad fueron las más altas a nivel global) los gobiernos se desesperaban por conseguir alguna.

La pandemia también visibilizó la importancia de los cuidados en sus múltiples dimensiones. Así, en tiempos del covid-19, en Latinoamérica asistimos a una explosión de talleres y conversatorios a cargo de lideresas, activistas y organizaciones de diferentes corrientes feministas, territoriales, comunitarias y socioambientales sobre la relación con los cuerpos y los territorios, las prácticas de cuidado, las semillas y la agroecología, la soberanía alimentaria y las tareas de la autogestión comunitaria. Todo esto puso en evidencia la insostenibilidad de la actual organización del cuidado, que recae sobre las mujeres, en especial sobre las mujeres pobres. En América Latina y el Caribe, desde antes de la pandemia,

las mujeres dedicaban el triple de tiempo que los hombres al trabajo de cuidados no remunerado, situación agravada por la creciente demanda de cuidados y la reducción de la oferta de servicios causada por las medidas de confinamiento y distanciamiento social adoptadas para frenar la crisis sanitaria (ONU Mujeres y Cepal, 2020).

A cinco años del inicio de la pandemia, un balance provisorio nos deja un gusto amargo y una fuerte sensación de fracaso. Las apuestas a la transición ecosocial se multiplicaron, pero en cuanto se reabrieron las puertas de la actividad económica todo volvió a la normalidad del *bussines as usual*, solo que ahora en un escenario internacional mucho más complejo e inestable. Así, lo que la pandemia nos dejó es un pasaje de la crisis extraordinaria a la policrisis sistémica.

3

Hace ya varios años, cuando avanzaba en una investigación sobre los sentidos de la transición ecosocial, me encontré con una serie de conferencias y, a partir de ello, con un libro excepcional, *The Great Transition. Climate, Disease and Society in the 13th and 14th Centuries* [La gran transición. Clima, enfermedad y sociedad en los siglos XIII y XIV], del historiador británico Bruce Campbell, de la Universidad de Queen de Belfast.²

¿Qué tienen de notable estas conferencias de 2013 y el libro publicado en 2016, que habla sobre hechos ocurridos en la Edad Media, aparentemente tan lejanos de nuestro presente? Pues que ofrecen un relato del colapso vivido durante la Pequeña Edad de Hielo o Pequeña Glaciación que se extendió a partir del siglo XIII y tuvo su punto de inflexión en el siglo XIV y afectó sobre todo a Europa y Asia. Después de varios siglos de estabilidad climática,

2 Si bien el libro fue publicado en 2016, en 2013 el historiador Bruce Campbell dictó cuatro conferencias en la Universidad de Cambridge en el marco de The Ellen Mc Arthur Lectures. Publicadas como podcast, pueden consultarse en <n9.cl/trx9x>.

a mediados del siglo XIII, Europa vivió un descenso de temperaturas seguido por varias transformaciones sistémicas. Campbell reconstruye las variaciones climáticas de la época, ligadas a la erupción de diversos volcanes, y las pone en relación con la baja de la actividad económica. El cambio climático afectó las cosechas y devastó la agricultura, pero también actuó sobre los microbios y originó epidemias entre los animales, en particular la gran peste bovina de comienzos del siglo XIV, que acabó con la mayor parte del ganado europeo. En medio de la crisis económica sobrevino el hambre, mientras que magníficas catedrales italianas vieron interrumpida su construcción. Hacia 1340, todo empeoró con la guerra, un clima todavía más adverso y la propagación de la peste negra. Campbell nos cuenta que el bacilo de Yersin, la bacteria que dio origen a la pandemia, era endémico en Asia, justamente en una época con gran circulación entre Europa, Asia Menor y China (una globalización comercial parcial a la que se suman los desplazamientos humanos causados por las guerras). El cambio climático alteró el ecosistema de Asia Central con masas de aire cada vez más húmedas desde principios del siglo XIV y un pico a partir de 1340: esto hizo que se extendiera el hábitat de los roedores y, en consecuencia, se densificara su población. El bacilo de Yersin se multiplicó y la enfermedad pasó de endémica a epizootica (pandemia) a través de las ratas que vivían en contacto con los humanos. El intercambio comercial y la guerra la llevaron a Europa, cuyos habitantes tenían menos defensas que los asiáticos. La sociedad europea medieval quedó presa de una "tormenta perfecta", afirma Campbell: cambio climático, enfermedad, microbios, humanos, ecología y sociedad. Hasta hoy no se sabe cuántas personas murieron durante la peste negra, aunque las estimaciones calculan que fueron entre 50 y 75 millones, es decir, entre el 30 y el 60% de la población europea de entonces. El libro es notable por varias razones. Primero, porque el autor desarrolla la correlación entre tres transiciones: de la anomalía

climática medieval a la Pequeña Edad de Hielo (siglo XIV); de un ambiente sano a un ambiente de enfermedad (pandemia); y de la revolución comercial a la depresión, período que se extiende entre 1200 y 1500. La expansión comercial y demográfica fue seguida por una contracción de la población europea, al compás de tres transiciones que van marcando el ritmo de crecimiento, caída suave, colapso, depresión y recuperación.

Por lo tanto, para comprender y explicar la historia del mundo medieval tardío es necesario apreciar estas interacciones entre el clima, las enfermedades y la sociedad: tanto la naturaleza como la sociedad deben reconocerse como protagonistas del cambio histórico (Campbell, 2016: 21. La traducción me pertenece)

Segundo, porque utiliza herramientas de diversas disciplinas y recurre a una gran cantidad de nuevas pruebas históricas, paleoclimáticas y biológicas –que incluyen estimaciones de la renta nacional, reconstrucciones de climas pasados y análisis genéticos del ADN extraído de los dientes de las víctimas de la peste– para ofrecer un nuevo relato del colapso y la reorganización de la economía comercial de la Europa occidental de finales de la Edad Media. En otras palabras, Campbell representa una nueva escuela historiográfica, en términos metodológicos y epistemológicos, que apela a materiales interdisciplinarios de la mano de un análisis multifactorial. La incorporación de la dimensión ecológica no es retórica ni parcial; toca el corazón del argumento, pues no separa lo social de lo ecológico.

Tercero, porque el colapso integral que una parte de la humanidad atravesó durante la Edad Media sirve para reflexionar acerca de la policrisis civilizatoria que nos toca atravesar. Ciertamente, el colapso del que nos habla Campbell no fue el producto de una sola causa, sino el entrelazamiento de diversos

factores críticos, una secuencia encadenada o recursiva de crisis (climáticas, sociales, políticas, sanitarias, geopolíticas, económicas) que se yuxtapusieron y reforzaron mutuamente.

Lo que en la actualidad llamamos policrisis civilizatoria también refiere una crisis múltiple que enlaza calentamiento global con desigualdades sociales, crisis de los cuidados y desplazamiento masivo de poblaciones, crisis energética, conflictos bélicos y peligro nuclear, amenaza de nuevas pandemias, riesgos que entraña el desarrollo incontrolado de la inteligencia artificial (IA), expansión de las fuerzas ultraderechistas y erosión de las democracias. Hoy igual que ayer, la policrisis civilizatoria no es una suma de factores, sino un contexto que entrecruza dinámicas complejas de interacción, encabalgamiento y potenciación de crisis diversas,³ lo que configura un escenario de mayor incertidumbre y vuelve a ponernos al borde de la “tormenta perfecta”.

Sin embargo, las similitudes o paralelismos históricos llegan hasta ahí, ya que, a diferencia de los siglos XIII y XIV, la crisis climática que arranca en el siglo XX y se acelera en este cada vez más oscuro siglo XXI no tiene que ver con erupciones volcánicas ni con supuestas variaciones de la órbita terrestre. Nuestra crisis climática es de origen antrópico, tiene sus causas en la actividad humana: esto es, en la dinámica económica del capitalismo y su voracidad infinita de consumo y acumulación. La responsabilidad recae en el capitalismo neoliberal encarnado por las corporaciones fósiles, por las grandes potencias del Norte Global y también las “emergentes”, sin olvidar el rol cada vez más importante de los superricos, ese 1% de la humanidad que concentra una inmensa riqueza, no quiere pagar impuestos al Estado ni reconocer derechos laborales, y cuyas empresas y consumos emiten más gases de efecto invernadero que varios países juntos. En suma, la

3 Para una definición de la policrisis en esta línea, ver Tooze (2022).

responsabilidad de la crisis socioecológica remite al capitalismo actual que promueve modelos de maldesarrollo, modelos que además de profundizar las desigualdades sociales y geopolíticas nos hacen chocar con los límites físicos y ecológicos del planeta, poniendo en riesgo toda forma de vida. No es casual que en un contexto en el que las desigualdades sociales y el colapso ecológico se proyectan hasta el paroxismo se haya configurado un escenario sumamente perturbador, de “fin del mundo”, en el que convergen el suicidio de las democracias y el ecocidio, mientras las extremas derechas se erigen como alternativa de poder global.

4

En *Policrisis* trato algunos de los tópicos de esta encrucijada civilizatoria, haciendo hincapié sobre todo en tres ejes: crisis socioecológica, crisis de los imaginarios emancipatorios y expansión de las extremas derechas. Sin remitir solo a un nivel local o nacional, sino a un nivel multiescalar. En esa línea, propongo transitar narrativas y temáticas como el colapso ecológico, las disputas geopolíticas en torno a la transición energética, la implosión de los progresismos, el mandato neodesarrollista, el ascenso de las extremas derechas como alternativa de poder, sus características comunes y el vínculo con el negacionismo climático, el surgimiento de Milei en la Argentina y, por supuesto, las nuevas narrativas contrahegemónicas.

En el primer capítulo, presento las perspectivas y los alcances del colapso ecológico y propongo estrategias para entenderlo en su complejidad y diversidad, tanto como colapso climático localizado (los eventos extremos situados) como en términos de procesos más amplios. En el segundo capítulo, abordo el escenario de disputa geopolítica en clave interimperial y de

división Norte-Sur para poner énfasis en las diferentes vías que adoptan las narrativas tecnocráticas-capitalistas y en el carácter colonial e insostenible de la transición energética que proponen. En el tercer capítulo, me ocupo del escenario regional, del agotamiento de los progresismos y de los límites de los neodesarrollismos en el contexto actual de colapso político y ecológico. En el capítulo cuatro, examino en qué consiste la polarización asimétrica que instalan las extremas derechas y su ataque a las democracias; y me detengo especialmente en los discursos negacionistas sobre el cambio climático y sus consecuencias. De la situación argentina bajo el gobierno de Javier Milei y su abordaje de la policrisis me ocupo inevitablemente en el capítulo cinco. El capítulo seis trata sobre aquellas visiones que proponen un horizonte de transición ecosocial justa y popular desde narrativas relacionales contrahegemónicas elaboradas por pueblos originarios, colectivos socioambientales, feminismos ecoterritoriales, pero también por algunos colectivos de acción e investigación en los cuales participo, como el Pacto Ecosocial Intercultural del Sur y el Equipo Transiciones de la Argentina.

En resumen, este libro también propone un recorrido asistemático a través de diferentes narrativas⁴ que reflejan una determinada visión de las raíces de la policrisis actual, muy especialmente en clave climática. Aquí nos sumergiremos en las narrativas catastrofistas (aceptación de la distopía) y negacionista explícita (el pancapitalismo del fin de la extrema derecha), buscaremos

4 Para Paul Ricoeur, la narrativa es la forma en que los seres humanos construyen su identidad a través de historias y lenguaje. La narrativa es un proceso que permite al sujeto imaginar situaciones y advertir conflictos entre lo que se quiere y lo que se debe hacer (Ricoeur, 1999). En términos colectivos, las narrativas condensan imaginarios sociales al reflejar tensiones y conflictos, y al funcionar como herramientas que exponen tanto las ideologías dominantes como las resistencias y críticas.

analizar críticamente la narrativa capitalista-tecnocrática (que pretende salvar el capitalismo de la mano del capitalismo verde) y sus tentáculos, a través del neodesarrollismo latinoamericano. Por último, dará cuenta de la narrativa relacional contrahegemónica (experiencias alternativas a escala local en busca de una sociedad justa y sostenible). Sin duda, estos discursos no son los únicos que existen, pero creo que resumen gran parte del espíritu de época y nos permiten reflexionar sobre la crisis de los imaginarios políticos actuales.

En suma, propongo navegar la policrisis aguas arriba (de dónde viene) y aguas abajo (hacia dónde va), interconectando temas y escalas, yendo de la crisis climática a la crisis de la democracia, de la escena nacional a la regional, de las disputas globales a las locales, de lo social a lo ambiental y a lo político. La apuesta es sortear las perspectivas parciales o monodisciplinarias que terminan por encapsularnos en compartimentos estancos, ya que solo un enfoque transversal y multiescalar puede dar cuenta de la complejidad y variedad de los desafíos que hoy enfrentamos.

Como afirmaba la gran pensadora Hannah Arendt en el siglo pasado y se consigna en uno de los epígrafes de este libro, vivimos tiempos en los que muchos han perdido la esperanza. Sin embargo, no está dicho que la reacción autoritaria haya llegado para quedarse, pues existen numerosas fuerzas democráticas que atraviesan el planeta, movimientos y tradiciones de lucha que abogan por generar escenarios justos y sostenibles. Por eso mismo, propongo navegar estas aguas turbulentas con las alarmas activadas al máximo, entendiendo que los procesos históricos no están cerrados para siempre, y con la mirada puesta en la idea fuerza de que hoy nuestra responsabilidad mayor no es solo perder el miedo sino también, como dijo la inspiradora poeta y activista Angela Davis, fraguar la esperanza a través de nuestras luchas.

Buenos Aires, enero-marzo de 2025

Conclusión Reflexiones finales sobre la policrisis

Eso que las ciencias políticas y económicas llaman capitalismo hizo metástasis, ocupó el planeta entero. Si quisiéramos, después de esta pandemia, reconfigurar el mundo con esa misma matriz, es claro que lo que estamos viviendo es una crisis, en el sentido de un error. Pero si logramos ver que estamos pasando por una transformación, tendremos que admitir que nuestro sueño colectivo de mundo y la inserción de la humanidad en la biósfera tendrá que darse de otra manera. Nosotros podemos habitar este planeta, pero deberá ser de otra manera.

Ailton Krenak, *Ideas para postergar el fin del mundo*, 2023

“¿Qué elegirías para llevarte de tu casa si tuvieras que huir en medio de un incendio?”. Me hicieron esta pregunta dos veces mientras estaba escribiendo las conclusiones de este libro,

y debo decir que generó en mí una gran perturbación. No se trata de una pregunta meramente retórica, ni tampoco exclusivamente personal. Durante meses, entre 2024 y 2025, del lado argentino de la cordillera norpatagónica los incendios forestales arrasaron con bosques, animales y viviendas. Asimismo, poco tiempo antes los incendios habían devastado una gran cantidad de mansiones de ricos y famosos en California. Y durante la temporada seca, a mediados de 2024, la querida provincia de Córdoba ardió una vez más, mientras el humo caliente y sofocante de los múltiples focos en la Amazonía llegaba a casi todas las capitales de Sudamérica...

Se hace difícil entonces cerrar un libro como este, que aborda solo algunas de las múltiples aristas de la policrisis civilizatoria. Tampoco es posible trazar una línea única de conclusiones, ni simplificar los recorridos que hemos hecho hasta aquí. Por eso, ante la imposibilidad de proponer un hilo narrativo único, opté por escribir cinco apartados que de algún modo resumen algunas de las obsesiones que me acompañaron durante la escritura.

1

Uno de los textos que me acompañó durante el último tramo de escritura fue *La afectividad ambiental*, de los investigadores Giraldo y Toro, que trata sobre las emociones y reflexiona sobre el régimen de afectividad. Este libro inspirador propone un avistaje del capitalismo actual y su economía afectiva desde otro lugar, que no es únicamente el del análisis más frecuente de las resistencias colectivas o sus experiencias de lucha. Aporta una mirada inteligente que enriquece sin caer en una reflexión abstracta difícil de conectar con la experiencia cotidiana. Permite pensar la policrisis contemporánea a través del complejo

acoplamiento entre sistema de poder y régimen afectivo, que va erigiendo “un orden y lógica sensible que ofrece placer y deseo, y que direcciona la respuesta afectiva hacia sí mismo, al tiempo que desafecta y desamarra los vínculos con los demás y la Tierra” (Giraldo y Toro, 2020: 126)

Aun señalando la riqueza de este análisis, podría afirmarse que la caracterización que los autores realizan del régimen afectivo contemporáneo se halla asociada todavía a la economía afectiva de la narrativa globalizadora tecnocrática-capitalista, antes que a la (nueva) narrativa reaccionaria y pancapitalista del fin que hoy promueven los partidos iliberales y de ultraderecha. La emergencia de las extremas derechas como alternativas de poder global, de una “internacional reaccionaria” (Tokatlian, 2024), mucho más con el impulso que han tomado con la segunda presidencia de Trump, ha corrido todavía más los límites de la insensibilidad social y ambiental. Líderes como Trump y Milei –como antes Bolsonaro– admiten con orgullo que el objetivo explícito de su gobierno no solo es desmontar un sistema de regulaciones y derechos, sino acelerar el sistema productivo-extractivo capitalista redoblando la apuesta ante la crisis ecológica planetaria. Respecto de esto último, frente al agravamiento de la crisis, la respuesta de la derecha radical no se restringe a criticar el intento (por demás fallido) de gobernanza climática, sino que reafirma la premisa *drill, baby, drill* (“perfora, nena, perfora”), retomada enfáticamente por Donald Trump en su discurso de asunción en enero de 2025.

Dicho de otro modo, el capitalismo neoliberal en su fase tardía aparece asociado a lo que en este libro denominamos las narrativas reaccionarias pancapitalistas del fin, lo cual conlleva un proyecto de poder que implica la reorganización de nuestros afectos y emociones en una nueva economía afectiva, en la cual la indiferencia, la crueldad y la insensibilidad social y ambiental aparecen exacerbadas, llevadas al paroxismo. Es ese

tipo de narrativa la que está detrás de las palabras de Elon Musk cuando afirmó, en marzo de 2025, que la empatía es una “debilidad fundamental de la civilización occidental” y, por si eso fuera poco, agrega que la empatía se ha “convertido en un arma” mientras compara el concepto de “seguridad social” con el esquema Ponzi de estafa (cit. en Wolf, 2025).

Es lo que, desde otra perspectiva, también explica Da Empoli al analizar cómo, en la era del narcisismo de masas, las redes sociales, las *fake news* y las teorías conspirativas –en manos de ejércitos de trolls y de “ingenieros del caos”– apuntan a la exacerbación de los sentimientos y emociones más extremos y ofrecen una vía de escape para la rabia y el miedo que estimula la exclusión del otro antes que el deseo de la integración; algo que el autor ilustra como la combinación de “la ira con los algoritmos” (Da Empoli, 2020: 88).

A esto hay que agregar la importancia que adquiere la *polarización asimétrica* como dispositivo de construcción política, orientado no solo al reordenamiento de la política y sus modos de interacción e interlocución, sino también a la reconfiguración del régimen afectivo a través de la normalización de conductas extremas donde la rabia y el miedo exacerban la insensibilidad y la crueldad hacia quienes sufren, hacia los más débiles, hacia la destrucción del planeta. Todo ello forma parte de un mismo ecosistema y configura un potencial escenario de banalización de la crueldad, lo cual ya fue muy estudiado por Hannah Arendt (1978) en relación con los crímenes de los totalitarismos del siglo XX.

Se trata de “una ideología que atrae al yo, como una cura para el agravio narcisista, otorgándole la libertad para llevar a cabo la pulsión de muerte” (Malm, 2024: 599).

Algo de esto había anticipado la antropóloga Rita Segato cuando analizaba otras estructuras de poder, más sumergidas y paralelas, ligadas al narcotráfico, las mafias, el trabajo

esclavo, la trata y otras formas de economía ilegal, y hablaba de la “pedagogía de la crueldad”, marcadas por la violencia, como aquello que “lleva a los sujetos a reducir lo que está vivo en objetos y en cosas para convertirlo en mercancías” (Segato, 2021). Hoy parecería que estamos ante el fenómeno de avance y colonización de esas estructuras paralelas que colonizan el mundo de lo legal y lo formal, al que creíamos apoyado sobre otros valores y afectos. Para Segato, esta violencia está asociada a las estructuras económicas capitalistas “de rapiña”, que necesitan de la falta de empatía entre las personas para sostener su poder.

Hasta dónde llegarán la economía de rapiña y la política de la crueldad que hoy vemos manifiestas en las extremas derechas iliberales es algo que todavía no sabemos. Pero aun así, somos conscientes de lo complicado y difícil que es ofrecer un proyecto de vida alternativo que sea motivador a gran escala en un contexto nacional e internacional donde la población, esté sumergida o no en la matrix del “realismo capitalista” (Fischer, 2016) y del narcisismo de masas, es constantemente bombardeada con mensajes de insensibilidad y de crueldad hacia los otros y hacia la naturaleza.

Por último, resulta importante volver sobre el lugar que ocupan las lecturas conspirativas, hoy tan en boga. Este tipo de lecturas no solo tienen por objetivo dar una respuesta fácil, rápida y mentirosa, sino que habilitan a quien las esgrime a “recuperar” el control cuando todo es incontrolable. Las extremas derechas son conscientes de esto y lo ponen en práctica en todo momento, al utilizar hechos siniestros –ya se trate de un crimen aberrante o de un desastre ambiental– para apelar a teorías “conspiranoicas” que desresponsabilicen a los diferentes poderes (políticos y económicos) y fabriquen un culpable, que ineludiblemente saldrá de los sectores más débiles o vulnerables de la sociedad. Estas maniobras suelen aminorar las angustias de sectores sociales que buscan volver a la situación anterior,

negando las verdaderas causas de la crisis. Ya hemos asistido a episodios de posverdad, que pueden ser risibles pues rayan con el delirio de la mentira absoluta, pero cuyas consecuencias a mediano plazo son impredecibles. Por ejemplo, hace solo unos meses, la líder y candidata a canciller del partido Alianza por los Alemanes (AfD), Alice Weidel, afirmó en X-Talk con Elon Musk que Adolf Hitler no era “de derecha” sino comunista,⁴⁵ algo que, en su intento mimético por reflejarse en las extremas derechas europeas, Javier Milei repitió sin sonrojarse en una entrevista para un medio argentino. Nada de esto es inocente. Y además puede dejar una estela que, lejos de disiparse, configure entramados perversos u ominosos. Como afirmó el historiador Timothy Snyder (2017: 81), especialista en el Holocausto, “la posverdad es el prefascismo”.

En consecuencia, una primera conclusión es que afrontar la policrisis desde una perspectiva radical emancipatoria requiere otro régimen de afectividad; uno que promueva la solidaridad, la libertad y la empatía social y ambiental, un vínculo con la tierra y el territorio de respeto por la diversidad y la interdependencia como condición de la vida misma. Por ende, necesitamos multiplicar las experiencias sociales y colectivas que nos reconectan con la pluralidad de la vida, que pueden pergeñar otra economía afectiva, sin la cual no habrá posibilidad de expandir el horizonte de acción. Esto exige liberar o activar colectivamente la pulsión de vida frente al proyecto destructivo que, tanto hacia arriba (instituciones, Estado) como hacia abajo (subjetividades y territorios), impulsan políticos como Javier Milei, el club de los superricos y el conjunto de las extremas derechas a nivel global.

45 Ver <n9.cl/as14a>.

2

En agosto de 2023, cuando la extrema derecha ganó las elecciones primarias en la Argentina, muchos sentimos que nos habíamos sumergido de golpe en un mundo de contornos casi irreconocibles, ya que todo lo que hasta veinticuatro horas antes era considerado un valor positivo y un derecho a sostener aparecía ahora cuestionado y repudiado públicamente por la fuerza política vencedora.

La extrema derecha que encarna Javier Milei no nació de un repollo: varios trabajos de investigación han venido haciendo un análisis profundo de las transformaciones políticas y sociales desde abajo (Stefanoni, Semán, Vázquez, Saferstein, entre otros), algo que tratamos también en este libro. Sin embargo, lo que cambió aquel 14 de agosto de 2023 no fue solo que el enorme descontento social encontró una vía de canalización política en un excéntrico economista e insultador serial, partidario feroz del libre mercado y la eliminación del Estado. El voto evidenciaba cambios sociales más profundos. En medio del desconcierto político, la extrema derecha no tardaría en instalarse a sus anchas en la escena pública y mediática, legitimada ya por el voto soberano.

Buena parte de los medios de comunicación pasó de la sorpresa inicial a la aceptación y rápida normalización de las posiciones de un partido que, en nombre del rechazo a la “casta”, cuestionaba la justicia social (“una aberración”) y el Estado (“degenerado fiscal”) o lanzaba furiosas descalificaciones y *fake news*. De la noche a la mañana, asistimos no solo a un cambio de agenda sino al desmoronamiento de ciertos “consensos democráticos” que –como argentinos crecidos en la posdictadura– creíamos más o menos sólidos, ya que eran parte de las políticas de Estado. No se trataba solo de un “cambio de tono”, sino del corrimiento de lo políticamente posible, de la instalación de

un nuevo umbral de lo decible y factible, que pronto contó con tribuna propia (periodistas y medios), así como con el apoyo entusiasta de otros sectores de derecha y centroderecha que fueron a abrazarse con los ganadores.

La agenda pública y política cambió de manera rápida y ostensible. La economía afectiva del capitalismo ultraneoliberal de Milei fue dando forma no solo a una dinámica política tóxica, cargada de intolerancia, exabruptos, burlas, mentiras e hipótesis conspirativas, sino que, a lo largo del primer año, el gobierno retomó todo lo que el manual de la extrema derecha viene produciendo a nivel global. Inclusive, en su segundo discurso en el Foro de Davos (enero de 2025), Milei se dio el lujo de exacerbar las diatribas contra el progresismo y, envuelto en un aura triunfalista, afirmó la existencia de una “alianza internacional”:

Tampoco me siento solo porque a lo largo de este año he podido encontrar compañeros en esta pelea por las ideas de la libertad en todos los rincones del planeta. Desde el maravilloso Elon Musk hasta la feroz dama italiana, mi querida amiga Giorgia Meloni; desde Bukele en El Salvador hasta Viktor Orbán en Hungría; desde Benjamín Netanyahu en Israel hasta Donald Trump en los Estados Unidos. Lentamente se ha ido formando una alianza internacional de todas aquellas naciones que queremos ser libres y que creemos en las ideas de la libertad.⁴⁶

A lo largo de su primer año de gestión, la ola libertaria reveló ser algo más que pura espuma. Como ya hemos visto, la “moto-sierra” apuntó contra la salud, la educación pública, los derechos

46 Ver <n9.cl/7v9eb>.

sociales, la política de la memoria, la política ambiental, los jubilados, la política de género... La lista es interminable, el despojo de derechos también, todo en medio de un clima de revancha política y social, de represión institucional en las calles y frente a la erosión acelerada del Estado de derecho.

Milei redujo la inflación a través de un fuerte ajuste fiscal, al tiempo que va modelando un nuevo régimen de afectividad anclado en la defensa del economicismo a ultranza y en el desprecio por el pluralismo y los valores democráticos. Un proyecto político que debe ser entendido en términos más holísticos, ya que abarca también la “batalla cultural” contra los progresismos, más allá de que por el momento no se sepa si esa batalla es importante o no para los que apoyan a Milei por fuera de su núcleo duro (Kessler y Vommaro, 2024). Pero el propósito del “modelo Milei” es unir ambos ejes, el económico neoliberal y el cultural antiprogresista. No en vano alguien como Agustín Laje, que viene realizando desde la derecha una fuerte cruzada antiprogresista, hoy preside la oficialista Fundación Faro y tiene un lugar importante en el ecosistema de los hermanos Milei.

Claro está, no venimos del mundo feliz peronista. El agotamiento del progresismo, ilustrado por el peronismo en su versión kirchnerista, es flagrante. Su falta de autocrítica, la ausencia de renovación de liderazgos y de respuesta política frente a lo que hoy sucede en la Argentina, marcan también una responsabilidad histórica difícil de evadir. Mencionaba en el capítulo 3, con la reflexión sobre la crisis de la narrativa de los progresismos, que entre 2009 y 2019 la gran vaca peronista deglutió a varias de las fuerzas progresistas existentes, con lo cual literalmente obturó la posibilidad de construcción de cualquier alternativa progresista por fuera del peronismo kirchnerista.

Así, son tres puntos los que quisiera subrayar en este apartado. Primero, las democracias no solo se quiebran porque una

sociedad harta de frustraciones decide votar a un presidente de abierta vocación autoritaria y este avanza sobre las instituciones y los derechos. Las democracias mueren porque cuentan con la anuencia y la complicidad de una parte importante del arco político-partidario, que en el caso argentino involucra la radicalización de las fuerzas de centroderecha y derecha; esas mismas fuerzas que hasta hace poco se consideraban parte del campo democrático y republicano. Esas fuerzas políticas que están siendo absorbidas aceleradamente por la extrema derecha son corresponsables de esta tragedia mayor que estamos viviendo como país.

Segundo, la parábola vernácula de la gran vaca peronista puede ser útil para repensar el presente agónico argentino respecto de los progresismos y dar por clausurado el ciclo. Y luego apuntar a construir horizontes integradores desde una articulación política respetuosa, pluralista y democrática. Dicho de otro modo: el cambio de época nos obliga a repensar los límites de los progresismos realmente existentes y de sus narrativas capitalistas-tecnocráticas y su expresión vernácula, el mandato exportador neodesarrollista. Debemos aprender de sus fracasos y derivas, de sus promesas de igualdad incumplidas. Se hace necesario afrontar esa zona de incomodidad, que nos pone de frente a la crisis de imaginarios políticos ligados al progresismo y a la necesidad de generar nuevos proyectos de sociedad democráticos, justos y sostenibles.

Tercero, la Argentina tiene un gran acumulado de luchas por la defensa de los derechos humanos, sociales, ambientales, indígenas, de las mujeres y las disidencias sexuales, que sobrepasa con largueza al progresismo dominante y sus límites. Además, el campo de lo social es mucho más amplio, polifónico y fluido que el campo específicamente partidario. Dicho esto, nadie niega que no haya organizaciones de derechos humanos, sociales (desocupados y sectores campesinos) y feminismos

que fueron incorporados en las diferentes fases del gobierno peronista. Pero hay que estar atentos a la tentación metonímica y no tomar la parte por el todo. Tampoco está dicho que todas esas experiencias que se mantuvieron por fuera del espacio progresista gubernamental fueran expresiones de un imaginario radical o una economía afectiva diferente. Pero numerosas son las experiencias que viven y se reproducen en el campo social bajo dinámicas moleculares de resistencia y cuentan con largas trayectorias que oscilan entre la latencia y la presencia masiva en las calles, que tejen redes e instancias de diálogo y articulación entre ellas y apuntan a construir horizontes de justicia social y sostenibilidad digna. Es contra ese músculo social, contra esa energía pluridimensional de las resistencias que apunta el gobierno libertario, no solo mediante la política económica de ajuste sino a través del disciplinamiento represivo, de la violencia contra la protesta social, de la política del miedo y de la deslegitimación.

3

Las experiencias locales basadas en narrativas relacionales y que apuntan a otros modos de producir y habitar el territorio son numerosas. Son experiencias innovadoras pero también vulnerables, acechadas constantemente por una economía afectiva capitalista que valida otros sentimientos, prácticas y valores. Se trata de iniciativas que desafían la visión hegemónica de la transición energética, sin ser experiencias tecnofóbicas o que rechacen la digitalización de la vida social. En realidad, plantean el control ciudadano a través de la pequeña escala, la adaptación a las necesidades de la población local y el respeto de los tiempos de la naturaleza y su necesaria regeneración. Por

otro lado, el mayor problema u obstáculo de estas experiencias es la continuidad, pues requieren apoyo institucional y, sobre todo, un marco normativo y políticas públicas más democráticas que no desconozcan sus objetivos: a saber, la desmercantilización, el empoderamiento y la calificación, la visión holística—relación energía-agua-alimentos—la descentralización (autonomía local) y la satisfacción de necesidades locales. En fin, son experiencias que instalan una concepción más democrática de la energía, una visión de la transición energética arraigada a las necesidades locales.

En este libro opté por ilustrar algunas de ellas, ligadas al protagonismo femenino y también a proyectos de energía comunitaria. Bien podría haber ilustrado las narrativas contrahegemónicas a través de las ingentes experiencias de agroecología en la región latinoamericana, pero en función de los límites de este texto elegí poner el foco en algunos pocos ejemplos antes que proporcionar un mero listado de proyectos alternativos. Estas experiencias de reexistencia en un planeta dañado colocan en el centro la autoorganización y los cuidados, en términos plurales: cuidados del territorio, del cuerpo como territorio, de las vidas múltiples que alberga el mundo, de los múltiples mundos que condensa la vida misma. También, hacen referencia a otras dimensiones de los cuidados vinculadas con la reproducción de la vida social: cuidados y educación, cuidados y salud, cuidados y trabajo, entre otros.

Estas experiencias nos recuerdan que hasta ahora hemos vivido al costado de las prácticas y valores que hacen a la sostenibilidad social y ambiental, aunque hoy percibamos que debemos colocar los cuidados y la empatía social y ambiental en el centro de nuestra acción. Si no las convertimos en clave de bóveda de nuestras construcciones colectivas, de poco nos servirán el sentimiento de injusticia y el saber científico. Estamos en un punto límite, ahí donde el cuerpo y las afecciones se

debaten entre seguir aceptando la pulsión de muerte que hoy se nos instala como única certeza colectiva (el fin del mundo, antes que el fin del capitalismo), o romper la inercia en la que estamos inmersos, como anestesiados, para convertir la lucha y la esperanza de regeneración del tejido social en una alternativa colectiva.

La solidaridad que emerge en los territorios devastados o en peligro es conmovedora y de una gran potencia. En Valencia, España, cuando en noviembre de 2024 ocurrió la DANA, se generó una “pasarela de la solidaridad”: miles de voluntarios no dudaron en calzarse las botas de lluvia y tomar escoba y pala para ayudar a limpiar las casas y calles de las zonas afectadas. En la Argentina, ante la gravedad y repetición de los incendios de nueva generación, cada vez son más los vecinos y vecinas que se preparan como brigadistas forestales comunitarios, dispuestos a entrar y salir del fuego, o integran la red logística en el marco de fuegos incontrolables que no solo arrasan vidas humanas y propiedades, sino millones de vidas no humanas y territorios completos, ya sea monte, humedal, sierra o bosque. Así, en medio del desastre, en distintas partes del mundo pudimos ver imágenes conmovedoras de ese estallido de solidaridad, cuya base no fue otra que el tejido asociativo previo existente en los barrios y localidades.

Dicho esto, la pregunta ineludible es cómo potenciar esas solidaridades y la empatía que se genera hacia el sufrimiento del otro, más allá de la pequeña escala, en un contexto donde este tejido social va a contramano de la economía afectiva que proponen las narrativas pancapitalistas del fin asociadas al neoliberalismo y las extremas derechas. Tampoco hay que ser ingenuos: no podemos olvidar que el neoliberalismo exige que sea el individuo quien se autorregule, sin apoyo del Estado. Podría decirse que, en la medida en que la solidaridad tiende a privatizar la ayuda social y reemplaza al Estado ausente, se

- Traverso, E. (2018), *Las nuevas caras de la derecha*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Tsing, A. (2023), *Los hongos del fin del mundo. Sobre la posibilidad de la vida en las ruinas capitalistas*, Buenos Aires, Caja Negra.
- UIMP (2019), "El mundo de hoy es un mundo marcado por la dueñidad o el señorío", 26 de agosto, <n9.cl/zk3szv>.
- Urbán, M. (2024), *Trumpismos neoliberales y autoritarios*, Barcelona, Verso.
- Vaca, C. (2024), "Tras masiva protesta del campo, el gobierno alemán retrocedió en su ajuste fiscal al sector", *Agro Verdad*, 5 de enero.
- Varesi, G. (comp., 2016), *Hegemonía y lucha política en Gramsci*, Buenos Aires, Ediciones Luxemburg.
- Vázquez, M. (2024), "Los picantes del liberalismo. Jóvenes militantes de Milei y 'nuevas derechas'", en P. Semán (comp.), *Está entre nosotros*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Viale, E. y S. Nemenmann (2025), "Incendios y negacionismo ecológico", *elDiarioAR*, 6 de enero.
- Viveiros de Castro, E. (2008), *La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio*, Buenos Aires, Tinta Limón.
- Viveiros de Castro, E. y D. Danowsky (2014), "L'arret du monde", en VV. AA., *L'univers clos au monde infini. Textes réunis par Emilie Hache*, París, Dehors.
- Wolf, Z. (2025), "Elon Musk Wants to Save Western Civilization from Empathy", *CNN*, 5 de marzo.
- Xinhua Español (2024), "China publica libro blanco sobre transición energética", 29 de agosto, <n9.cl/lrwgk>.
- Zamorano, M. (2023), "Vox: la cultura y el estigma como trincheras", *CTXT*, 2 de agosto.

Otros títulos publicados

El colapso ecológico ya llegó

Una brújula para salir
del (mal)desarrollo

Maristella Svampa

Enrique Viale

Está entre nosotros

¿De dónde sale y hasta dónde
puede llegar la extrema derecha
que no vimos venir?

Pablo Semán

Extrema derecha 2.0

¿Cómo combatir la normalización
global de las ideas ultraderechistas?

Steven Forti

La era del hartazgo

Gabriel Kessler

Gabriel Vommaro

¿La rebeldía se volvió de derecha?

Pablo Stefanoni

Desquiciados

Los vertiginosos cambios
que impulsa la extrema derecha

Alejandro Grimson

Recuperar la dignidad

Contra el devenir brutalista
del mundo

Cynthia Fleury

Las nuevas caras de la derecha

Potencia y contradicciones
de la etapa posfascista

Enzo Traverso

POLICRISIS

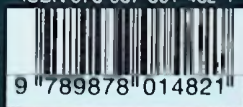
A comienzos de los 2000, América Latina era el faro del progresismo: la marea rosa entusiasmaba con políticas de inclusión social, distribución del ingreso y ampliación de derechos. Casi como una aguafiestas, ya entonces Maristella Svampa reconocía esos logros pero veía señales de agotamiento ideológico en el verticalismo y la ausencia de autocritica, la apuesta por una economía extractiva a expensas de la sostenibilidad ambiental y la retórica de un Estado de bienestar que chocaba con su incapacidad de dar respuestas reales a la sociedad. Ahora, cuando el progresismo se muestra impotente frente a las ultraderechas, o retrocede y se modera aún más, este libro construye una caracterización deslumbrante de la época con la certeza de que no hay un paraíso perdido al que volver.

Si la pandemia fue una crisis extraordinaria que puso al desnudo las desigualdades y habilitó la ilusión de "salir mejores", la pospandemia nos enfrenta a una policrisis sistémica, que no es una sumatoria de colapsos (ambiental, económico, político) sino un contexto nuevo y un cambio de régimen en el que "lo viejo no funciona". Las ultraderechas entendieron esto como nadie y, mientras nos escandalizamos por sus niveles de crueldad, implementan estrategias de acumulación política que tendemos a ver como meros desbordes irracionales.

Como sostenía la bióloga Lynn Margulis, la evolución de la vida no es fruto de la competencia, sino de la cooperación entre organismos en un mundo interdependiente. Con foco en América Latina y atendiendo al panorama geopolítico global, Maristella Svampa rastrea y reconstruye las experiencias de organización colectiva en las que late un proyecto contrahegemónico. Sin idealizarlas, nos invita a pensar cómo podrían potenciarse y dar un salto de escala, cuál sería la articulación con el Estado, y cómo sortear el riesgo de una autonomía funcional al neoliberalismo.

Policrisis es un ensayo fundamental para empezar a tejer, en medio de la fragilidad, los hilos del futuro.

ISBN 978-987-801-482-1



9 789878 014821



siglo veintiuno
editores